

Hombres de las sombras

Robert E. Howard

Libros Tauro

Del sombrío amanecer rojizo de la Creación, de las nieblas del Tiempo sin tiempo, llegamos nosotros, la primera gran nación, la primera en iniciar el ascenso. Salvajes, sin maestros, ignorantes, buscando a tientas a través de la noche primitiva, y con todo aferrando débilmente el resplandor, el atisbo de la Lu2 venidera. Viajando por tierras vírgenes, navegando en mares desconocidos; encerrados en el laberinto de los misterios del mundo, echando nuestros mojonos de piedra. Asiendo vagamente la gloria, mirando más allá de nuestro entendimiento; mudamente la historia de las eras erigiéndose en llanuras y pantanos. Ved cómo arde imperecedero el Fuego Perdido. Hechos estamos del moho de los eones. Las naciones han hollado nuestros hombros, pisoteándonos en el polvo. Somos la primera de las razas, uniendo lo Viejo y lo Nuevo... Mirad, donde los espacios del mar nebuloso se mezclan con el azul del océano. Así nos hemos mezclado con las eras, y el viento del mundo remueve nuestras cenizas. Nos hemos desvanecido de las páginas del Tiempo. ¿Nuestro recuerdo? Viento en los abetos. Stonehenge, de gloria largamente perdida, sombría y solitaria en la noche, murmura la historia vieja de eras, de cómo alumbramos la primera de las Luces. Hablad, vientos nocturnos, de la creación del hombre, susurrad sobre barrancos y pantanos, la historia de la primera gran nación, los últimos hombres de la Edad de Piedra. La espada se enfrentó a la espada, chocando y resbalando. —*A-a-aila! A-a-aila!* —subió un creciente clamor que surgía de cien gargantas salvajes. Se nos echaron encima desde todas partes, cien contra treinta. Nos pusimos espalda con espalda, los escudos juntos, las hojas de las espadas en guardia. Las hojas habían enrojecido, pero también los cascos y las corazas. Poseíamos una ventaja: llevábamos armadura, y nuestros enemigos no. Pero con todo se arrojaban desnudos a la contienda con un valor tan feroz como si estuvieran ataviados de acero. Retrocedieron por un momento y permanecieron alejados, jadeando maldiciones; la sangre de las heridas de espada dibujaba extrañas formas en sus pieles pintadas con hierba pastel. ¡Treinta hombres! Treinta, el resto de la tropa de quinientos que tan arrogantemente había desfilado desde el Muro de Adriano. ¡Zeus, qué plan! Quinientos hombres enviados para abrirse paso a través de una tierra atestada de bárbaros de otra era. Marchando de día sobre las colinas cubiertas de brazos, abriendo a tajos un camino escarlata a través de hordas enloquecidas por la sangre, montando un apretujado campamento por la noche, en el que criaturas que rugían y balbuceaban se deslizaban sin ser vistas por los centinelas para matar con cuchillos silenciosos. Batalla, derramamiento de sangre, carnicería. Nuevas llegarían al emperador en su hermoso palacio, entre sus nobles y sus mujeres, de que otra expedición había desaparecido entre las neblinosas colinas del místico Norte.

Contemplé a los hombres que eran mis camaradas. Había romanos de Latinia y que habían nacido romanos. Había britanos, germanos y un hibernio de cabellera roja como la llama. Miré a los lobos de aspecto humano que nos rodeaban. Hombres peludos, casi enanos, encorvados y de miembros nudosos, de brazos largos y potentes, con grandes mechones de pelo áspero que enmarcaban frentes curvadas, como de simios. Pequeños ojos negros que no parpadeaban relucían con malévolo desprecio, como ojos de serpiente. Apenas llevaban ropas, y sí pequeños escudos redondos, largas lanzas y espadas cortas con hojas ahusadas. Aunque apenas alguno de ellos superaba el metro cincuenta de estatura, sus espaldas increíblemente anchas indicaban una fuerza colosal. Y eran tan veloces como gatos.

Llegaron en tropel. La espada corta del salvaje chocó contra la espada corta romana. Se luchaba a distancias muy cortas, pues los salvajes se hallaban mejor adaptados a tal combate, y los romanos entrenaban a sus soldados en el manejo de la espada corta. Allí el escudo romano se hallaba en desventaja, ya que era demasiado pesado para manejarlo con rapidez y los salvajes se agazapaban, golpeando hacia arriba.

Permanecíamos espalda contra espalda, y cuando un hombre caía, volvíamos a estrechar las filas. Más y más adelante nos empujaron, hasta que sus rostros retorcidos en un gruñido estuvieron cerca de los nuestros, y su aliento fétido y bestial llenó nuestras narices. Mantuvimos la formación como hombres de acero. Los brezales, las colinas, el mismo tiempo se desvanecieron. Los hombres dejaron de ser hombres y se convirtieron en meras máquinas de combatir. La niebla de la batalla borró mente y alma. Finta, estocada. Una hoja rompiéndose en un escudo; un rostro bestial y gruñendo a través de la bruma de la batalla. ¡Golpea! El rostro desvaneciéndose para ser substituido por otro igualmente bestial.

Años de cultura romana se borraron como la neblina del mar bajo el sol. Volvía a ser un salvaje; un hombre primigenio

1 bosque y los mares. Un hombre primigenio enfrentándose a una tribu de otra era, feroz en su odio tribal, rabiosa por la

sed de matanza. Cómo maldije la escasa longitud de la espada romana que blandía. Una lanza se estrelló contra mi peto; una espada se rompió en la cimera de mi casco, derribándome al suelo. Me alcé vacilando, matando a quien me había golpeado de una feroz estocada hacia arriba. Entonces me detuve en seco, con la espada levantada. El silencio reinaba sobre los brezales. Ningún enemigo se alzaba ante mí. Yacían en un silencioso y ensangrentado grupo, aferrando aún sus espadas, rostros acuchillados y desgarrados congelados todavía en gruñidos de odio. Y de los treinta que se habían enfrentado a ellos, quedaban cinco. Dos romanos, un britano, el irlandés y yo. La espada y la armadura romanas habían triunfado, y por increíble que pareciera habíamos matado casi cuatro veces nuestro número de enemigos.

Sólo podíamos hacer una cosa. Abrirnos paso de regreso por la senda que habíamos tomado a la ida, intentando cruzar innumerables leguas de tierra feroz. A cada lado se alzaban grandes montañas. La nieve coronaba sus cimas, y el país no era cálido. No teníamos ni idea de cuán lejos al norte nos hallábamos. La marcha no era sino un recuerdo borroso en cuyas nieblas escarlata los días y las noches se borraban en un panorama rojo. Todo lo que sabíamos era que unos días antes los restos del ejército romano habían sido dispersados entre los picachos por una terrible tempestad, sobre cuyas potentes alas los salvajes nos habían asaltado en hordas. Los cuernos de guerra habían sonado a través de valles y barrancos durante días, y el medio centenar de nosotros que se había mantenido había luchado a cada paso del camino, acosado por enemigos aullantes que parecían surgir en enjambres de la atmósfera tenue. Ahora

reinaba el silencio, y no había señal alguna de los indígenas. Nos dirigimos hacia el sur, como animales acosados.

Pero antes de partir descubrí en el campo de batalla algo que me conmovió con feroz alegría. Un indígena aferraba en su mano una gran espada larga, de las que se manejan a dos manos. ¡Una espada nórdica, por la mano de Thor! Cómo la consiguieron los salvajes no lo sé. Posiblemente algún vikingo de amarilla cabellera se había lanzado contra ellos, con un cántico de batalla en los barbudos labios y la espada remolineando. Sea como fuere, la espada estaba allí.

Tan ferozmente había agarrado el salvaje la empuñadura que me vi obligado a cortarle la mano para conseguir la espada.

Con ella empuñada me sentí más osado. Las espadas cortas y los escudos pueden bastar para hombres de estatura media; pero eran armas débiles para un guerrero que sobrepasaba el metro noventa.

Ascendimos las montañas, por el borde de estrechos y escarpados acantilados, escalando empinados barrancos. Nos arrastramos como insectos por la cara de un precipicio que dominaba el cielo, de tan gigantescas proporciones que parecía empequeñecer a los hombres hasta la simple nada. Trepamos por su cresta, casi aplastados por el fuerte viento de montaña que rugía con las voces de los gigantes. Y allí les encontramos esperándonos. El britano cayó atravesado por una lanza; se alzó vacilando, agarró a quien la había lanzado y juntos se precipitaron por el abismo, para caer más de trescientos metros. Un breve y salvaje torbellino de furia, un remolino de espadas, y la batalla hubo terminado. Cuatro indígenas yacían inmóviles a nuestros pies, y uno de los romanos se acurrucaba, intentando detener la sangre que brotaba del muñón de su brazo amputado.

Tiramos por el acantilado a los que habíamos matado, y envolvimos el brazo del romano con tiras de cuero, atándolas bien tensas, para que el brazo dejara de sangrar. Después, emprendimos el camino una vez más.

Adelante, adelante; los barrancos giraban sobre nosotros; laderas cubiertas de aulaga se inclinaban locamente. El sol se alzaba sobre los picachos balanceantes y caía hacia el oeste. Luego, agazapados sobre un barranco, escondidos por grandes peñascos, vimos pasar una partida de indígenas bajo nosotros, andando por una estrecha senda que orillaba precipicios y rodeaban las montañas. Cuando pasaban justo por debajo de nosotros, el irlandés lanzó un grito de alegría salvaje y, saltando del acantilado, cayó entre ellos. Se lanzaron sobre él aullando como lobos y su roja cabellera brilló sobre las negras cabelleras de ellos. El primero en llegar a él cayó con el cráneo hendido, y el segundo aulló al serle separado el brazo izquierdo del hombro. Con un salvaje grito de batalla, el irlandés hundió su espada en un pecho peludo, la extrajo y cercenó una cabeza. Entonces se lanzaron sobre él como lobos encima de un león, y un instante después su cabeza fue alzada en una lanza. El rostro aun parecía expresar la alegría del combate.

Pasaron de largo, sin sospechar nuestra presencia, y de nuevo seguimos adelante. Cayó la noche y salió la luna, haciendo destacar los picachos como borrosos fantasmas y arrojando sombras extrañas entre los valles. Mientras caminaba- ~! mos hallamos señales de la marcha, y de la retirada. Allí un romano yaciendo al pie de un precipicio, un bulto aplastado, quizás una larga lanza atravesándole; más lejos un cuerpo decapitado, allá una cabeza sin cuerpo. Cascos partidos y espadas rotas narraban la muda historia de batallas ferozmente disputadas.

Nos tambaleamos a través de la noche, no deteniéndonos hasta el amanecer, cuando nos ocultamos entre los peñascos, y sólo nos aventuramos a salir de nuevo cuando la noche

había caído. Grupos de indígenas pasaron cerca, pero permanecimos sin ser descubiertos, aunque a veces podríamos haberles tocado al pasar.

Rompía el alba cuando llegamos a un terreno distinto, una gran meseta. A cada lado se alzaban montañas, excepto al sur, donde la llanura parecía extenderse largo trecho. Así pues, creí que habíamos dejado las montañas y llegado al pie de las colinas que seguían hasta disolverse finalmente en las fértiles llanuras del sur.

Llegamos entonces a un lago y allí nos detuvimos. No había ninguna señal del enemigo, ninguna humareda en el aire. Pero mientras estábamos allí parados, el romano que sólo tenía un brazo cayó de bruces sin un sonido, atravesado por una jabalina.

Observamos el lago. Ninguna barca ondulaba la superficie. No se veía a enemigo alguno entre los ralos juncos cercanos a la orilla. Nos volvimos, examinando los brezales. Y sin un sonido el segundo romano se encogió y cayó de bruces, con una corta lanza entre los hombros.

Con la espada desenvainada, atónito, registré las laderas silenciosas en busca de alguna señal del enemigo. El brezal se extendía vacío de una montaña a otra, y en ningún lugar los brezos eran lo bastante altos para ocultar a un hombre, ni siquiera a un caledonio. Ninguna ondulación turbaba el lago... ¿Qué era pues lo que hacía agitarse a aquel junco cuando los demás estaban inmóviles? Me incliné hacia delante, atisbando en el agua. Al lado del junco una burbuja se alzó hacia la superficie.

Me incliné más cerca, preguntándome... ¡Un rostro bestial me miraba con malicia, justo bajo la superficie del lago! Un instante de asombro... y luego mi frenética estocada partió en dos el rostro peludo, desviando justo a tiempo la jabalina que

saltaba hacia mi pecho. Las aguas del lago se agitaron en un torbellino y por fin flotó a la superficie el cuerpo de un salvaje, con el haz de jabalinas todavía en el cinto; su mano simiesca aferraba aún la caña hueca a través de la cual había respirado. Entonces supe por qué tantos romanos habían muerto de manera extraña junto a las orillas de los lagos.

Arrojé mi escudo y deseché todos mis pertrechos excepto la espada, la daga y la armadura. Cierta feroz exultación me animaba. Era un hombre solo, en mitad de un país salvaje, entre un pueblo de salvajes sedientos de mi sangre. ¡Por Thor y Woden, les enseñaría cómo moría un nórdico! A cada momento que pasaba quedaba menos en mí del romano civilizado. Todo el barniz de la educación y la civilización cayó de mí, dejando sólo al hombre primitivo, sólo el alma primordial, feroz y de rojas garras.

Una rabia lenta y profunda empezó a surgir de mí, junto con un vasto desprecio nórdico hacia mis enemigos. Me hallaba en el estado de ánimo adecuado para volverme berserk, el hombre-oso; Thor sabe que había combatido en abundancia durante la marcha y a lo largo de la retirada, pero el alma combativa del nórdico se había despertado en mi interior, con sus místicas profundidades, más hondas que el mar del Norte. No era un romano. Era un nórdico, un bárbaro de pecho velludo y barba amarilla. Y recorrí el brezal tan arrogantemente como si fuera el puente de mi propia galera. ¿Qué eran los pictos? Enanos atrofiados cuyos días habían pasado. Era extraño que un odio terrorífico empezara a consumirme. Y con todo, no lo era tanto, pues a medida que retrocedía al salvajismo, más primitivos se hacían mis impulsos, y más feroz ardía el odio intolerante hacia el extranjero, ese primer impulso del indígena primigenio. Pero había una razón más profunda y siniestra en lo más hondo de mi mente, aunque no la conocía. Pues los pictos eran hombres de otra edad; en verdad, era el último pueblo de la Edad de Piedra, al que los celtas y los nórdicos habían expulsado ante ellos cuando descendieron del norte. Y en algún lugar de mi mente acechaba un nebuloso recuerdo de una guerra feroz e implacable librada en una era más oscura.

Y había también cierto temor, no por sus cualidades como luchadores sino por la brujería de la que todos los pueblos creían poseedores a los pictos. Había visto sus

crómiechs por toda Inglaterra, y había visto la gran muralla que habían construido no lejos de Corinium. Sabía que los druidas celtas les odiaban con un odio que resultaba sorprendente, incluso en sacerdotes. Ni siquiera los druidas podían, o querían, contar cómo los hombres de la Edad de Piedra levantaron esas inmensas barreras de piedra, o por qué razón, y la mente del hombre corriente retrocedía a la explicación usada durante eras: brujería. Más aún, los propios pictos creían firmemente que eran hechiceros, y quizás eso tenía algo que ver en el asunto.

Empecé a preguntarme por qué sólo quinientos hombres habían sido enviados a aquella loca incursión. Algunos habían dicho que para capturar a cierto sacerdote picto, otros que buscábamos noticias del jefe picto, un tal Bran Mak Mora. Pero nadie lo sabía salvo el oficial al mando, y la cabeza de éste iba en una lanza picta, en algún lugar lejano de aquel mar de montañas y brezales. Se decía que nadie le igualaba en la lucha, ya fuera con un ejército o en solitario. Pero nunca habíamos visto a un guerrero que pareciera mandar tanto como para justificar la idea de que era el jefe. Pues los salvajes luchaban como lobos, aunque con cierta tosca disciplina.

Quizá le encontrara, y si era tan valiente como decían, con seguridad me haría frente. Dejé de ocultarme. Más aún, canté una salvaje canción mientras caminaba, marcando el compás con mi espada. Que los pictos vinieran cuando quisieran. Estaba listo para morir como un guerrero.

Había cubierto muchas millas cuando di la vuelta a una pequeña colina y me tropecé con varios centenares de ellos, armados hasta los dientes. Si esperaban que diera la vuelta y huyera, estaban muy equivocados. Seguí caminando hacia ellos, sin alterar ni mi zancada ni mi canción. Uno de ellos corrió hacia mí, con la cabeza baja, la punta de la lanza hacia delante, y le recibí con un golpe hacia abajo que le abrió desde el hombro izquierdo a la cadera derecha. Otro saltó desde el costado, dirigiendo un golpe a mi cabeza, pero me agaché de modo que la jabalina silbó sobre mi hombro, y le abrí las entrañas al enderezarme. Entonces se lanzaron sobre mí desde todos lados; despejé un espacio con un gran mandoble a dos manos y me puse de espaldas a la abrupta ladera, lo bastante cerca para evitar que se me acercaran por detrás, pero no tanto como para no poder blandir mi espada. Si malgastaba movilidad y fuerza en el movimiento de arriba abajo, la compensaba más que sobradamente con el devastador poder de mis mandobles. No hacía falta golpear dos veces a ningún enemigo. Un salvaje atezado y barbudo surgió de un salto bajo mi espada, agazapándose y lanzando un golpe hacia arriba. La hoja de la espada se torció en mi coraza, y le dejé inconsciente con un golpe de mi empuñadura. Me rodearon los lobos, luchando por alcanzarme con sus espadas masconas, y dos cayeron con la cabeza hendida mientras trataban de aproximarse. Entonces uno, tendiéndose sobre los hombros de los demás, clavó una lanza en mi muslo, y con un rugido de furia lancé una estocada salvaje, atravesándole como a una rata. Antes de que pudiera recobrar el equilibrio, una espada hirió mi brazo derecho y otra se quebró en mi casco. Me tambaleé, giré ferozmente para despejar un espacio, y una lanza penetró en mi hombro derecho. Vacilé, caí al suelo y volví a levantarme. Con un terrorífico empuje de los hombros rechacé a mis enemigos que arañaban y acuchillaban, y entonces, sintiendo que la fortaleza huía de mí con la sangre, lancé un rugido de león y salté entre ellos, absolutamente berserk. Me lancé entre la multitud, golpeando a derecha e izquierda, dependiendo sólo de mi armadura para protegerme de las hojas que saltaban. Esa batalla no es sino un recuerdo carmesí. Abajo, arriba, abajo de nuevo, el brazo derecho colgando, la espada golpeando en la mano izquierda. La cabeza de un hombre saltó de sus hombros, un brazo se desvaneció a la altura del codo, y entonces me derrumbé en el suelo luchando en vano por levantar la espada que colgaba flojamente de mi puño.

En un momento hubo una docena de lanzas en mi pecho, cuando alguien arrojó hacia atrás a los guerreros y una voz habló, como la de un jefe:

—¡Deteneos! Este hombre debe ser salvado.

Vagamente, como a través de una neblina, vi un rostro esbelto y moreno al levantarme tambaleante para enfrentarme al que había hablado.

Vi a un hombre moreno y de negro cabello, cuya cabeza apenas me llegaría al hombro, pero que parecía tan ágil y ruene como un leopardo. Iba parcamente ataviado con vestiduras sencillas que le ceñían el cuerpo, y su única arma era una espada larga y recta. No se parecía en aspecto y rasgos a los Pictos más que yo pero, con todo, había en él cieno aparente Parentesco con ellos.

Todo esto lo noté confusamente, pues apenas era capaz de mantenerme en pie.

—Te he visto —dije, hablando como un extraviado—. Te he visto una y otra vez en primera línea del combate. Siempre encabezabas la carga de los pictos, mientras que tus jefes se escabullían del campo. ¿Quién eres?

Entonces los guerreros, el mundo y el cielo se desvanecieron y me derrumbé sobre los brezos.

Oí confusamente hablar al extraño guerrero:

—Restañad sus heridas y dadle comida y bebida.

Había aprendido su lengua de los pictos que venían a comerciar al Muro.

Percibí que hicieron lo que les había mandado el guerrero, y por fin recobré el conocimiento, habiendo bebido gran cantidad del vino que los pictos destilan del brezo. Después, agotado, yací sobre los brezos y dormí, sin que me importaran ni todos los salvajes del mundo.

Cuando desperté, la luna se hallaba alta en el cielo. Mis armas y mi casco habían desaparecido, y varios pictos armados me vigilaban. Cuando me vieron despierto me indicaron que les siguiera y echaron a andar por el brezal. Llegamos finalmente a una colina alta y pelada con un fuego resplandeciendo en su cima. Sentado en una roca junto al fuego estaba el extraño jefe moreno, y junto a él, como espíritus del Mundo Oscuro, había un anillo silencioso de guerreros picto sentados.

Me llevaron ante el jefe, si tal era, y permanecí de pie, contemplándole sin miedo ni desafío. Y sentí que se trataba de un hombre distinto de todos los que había visto. Fui consciente de cierta fuerza, cierto poder invisible que irradiaba del hombre y parecía mantenerle apartado de los hombres comunes. Era como si desde las alturas del autodomínio bajara la vista hacia los hombres, pensativo, inescrutable, cargado con el conocimiento de las edades, sombrío por la sabiduría de las eras. Sentado allí, con el mentón en la mano y los oscuros e insondables ojos clavados en mí.

—¿Quién eres?

—Un ciudadano romano.

—Un soldado romano. Uno de los lobos que han hecho pedazos el mundo durante demasiados siglos.

Un murmullo recorrió a los guerreros, huidizo como el susurro del viento nocturno, siniestro como el destello del colmillo de un lobo.

—Hay gente a la que mi pueblo odia aún más que a los romanos —dijo—. Pero con toda seguridad, eres un romano. Y

con todo, me parece que eres más alto de lo que yo creía a los romanos. Y tu barba, ¿qué la volvió amarilla?

Ante su tono de sarcasmo, eché la cabeza hacia atrás y aunque la piel me hormigueaba al pensar en las espadas a mi espalda, respondí orgullosamente:

—Soy nórdico de nacimiento.

Un alarido salvaje y sediento de sangre brotó de la horda agazapada, y en un momento saltaron hacia delante. Un solo movimiento de la mano del jefe les hizo retroceder, con los ojos ardientes. Sus propios ojos no habían dejado de clavarse en mi rostro ni un momento.

—Mi tribu es estúpida —dijo—, pues odian a los nórdicos aún más que a los romanos. De hecho, los nórdicos acosan incesantemente nuestras costas; pero es a Roma a quien deberían odiar.

—¡Pero tú no eres picto!

—Soy mediterráneo.

—¿De Caledonia?

—Del mundo.

—¿Quién eres?

—Bran Mak Morn.

—¿Qué?

Yo había esperado una monstruosidad, un ser horrendo y deforme, un feroz enano construido de acuerdo con el resto de su raza.

—No eres como éstos.

—Soy como era la raza —replicó—. La línea de los jefes ha mantenido pura su sangre a lo largo de las eras, recorriendo el mundo en busca de mujeres de la Vieja Raza.

—¿Por qué tu raza odia a todos los hombres? —pregunté, lleno de curiosidad—. Se habla de vuestra ferocidad en todas las naciones.

—¿Por qué no íbamos a odiar? —Sus ojos oscuros se iluminaron de pronto con un brillo más feroz—. Pisoteados por cada tribu nómada, arrojados de nuestras tierras fértiles, obligados a residir en los lugares más salvajes del mundo, deformados en cuerpo y en mente... Mírame. Soy como fue una vez la raza. Mira a tu alrededor. Una raza de hombres-mono, nosotros que fuimos el más elevado tipo de hombres de los que podía enorgullecerse el mundo.

Temblé a mi pesar ante el odio que vibraba en su voz profunda y resonante.

De las tilas de guerreros surgió una muchacha, se puso al lado del jefe y se acurrucó junto a él. Una belleza delgada y tímida, casi una niña. El rostro de Mak Morn se suavizó un tanto mientras rodeaba con el brazo su esbelto cuerpo. Luego, la mirada pensativa regresó a sus oscuros ojos.

—Mi hermana, nórdico —dijo—. **Me** han dicho que un rico mercader de Corinium ha ofrecido mil piezas de oro a quien se la lleve.

Se me erizó el cabello, pues me pareció sentir una siniestra nota menor en la tranquila voz del caledonio. La luna se hundió tras el horizonte occidental, dando al brezal un tinte rojizo, de modo que los brezos parecían un mar de sangre bajo la luz fantasmagórica.

La voz del jefe rompió el silencio.

—El mercader envió un espía más allá del Muro. Le mandé su cabeza.

Me sobresalté. Un hombre se alzaba ante mí. No le había visto llegar. Era muy viejo y llevaba sólo un taparrabos. Una barba larga y blanca le caía hasta la cintura, y estaba lleno de tatuajes desde la coronilla hasta los talones. Su rostro parecido al cuero estaba surcado por un millón de arrugas, y su piel era escamosa como la de una serpiente. Bajo unas enmarañadas cejas blancas sus ojos grandes y extraños llameaban, como si contemplaran visiones fantásticas. Los guerreros se removieron inquietos. La muchacha se encogió entre los brazos de Bran Mak Morn, como asustada.

—El dios de la Guerra cabalga el viento nocturno —dijo el brujo de pronto, en voz alta y fantasmagórica—. Las cometas huelen la sangre. Pies extraños recorren los caminos de Alba. Remos extraños baten el mar del Norte.

—Préstanos tu arte, brujo —ordenó imperiosamente Mak Morn.

—Has disgustado a los viejos dioses, jefe —respondió el otro—. Los templos de la Serpiente están desiertos. El dios blanco de la luna ya no se deleita con la carne del hombre. Los señores del aire miran desde sus murallas y no están complacidos. ¡Hai, hai! Dicen que un jefe se ha apartado del sendero.

—Basta. —La voz de Mak Morn era áspera—. El poder de la Serpiente ha sido quebrado. Los neófitos ya no ofrecen más seres humanos a sus oscuras divinidades. Si he de levantar a la nación picta fuera de la oscuridad del valle del salvajismo abismal no toleraré oposición de príncipe o sacerdote. Toma nota de mis palabras, brujo.

El anciano *alzó* sus grandes ojos, llenos de una luz misteriosa, y nie miró a la cara.

—Veo a un salvaje de pelo amarillo —susurró en un tono que ponía la piel de gallina—. Veo un cuerpo fuerte y una fuerte mente, de los que un jefe podría alimentarse.

Una exclamación impaciente brotó de Mak Morn.

La muchacha le rodeó tímidamente con los brazos y le susurró al oído.

—En los pictos quedan aún ciertas dosis de humanidad y bondad —dijo, y percibí la feroz autoironía de su tono—. La niña me pide que te deje ir en libertad.

Aunque hablaba en céltico, los guerreros comprendieron y murmuraron descontentos.

—¡No! —exclamó violentamente el brujo. La oposición no hizo sino endurecer la decisión del jefe. Se puso en pie.

—Digo que el nórdico será liberado al amanecer. Un silencio desaprobador le respondió.

—¿Osa alguno de vosotros marchar al brezal y enfrentar su acero al mío? —les desafió. El brujo habló:

—Presta atención, jefe. He vivido más de cien años. He visto ir y venir a jefes y conquistadores. He combatido la magia de los druidas en los bosques de la medianoche. Largo tiempo te has burlado de mi poder, hombre de la Vieja Raza, y aquí te desafío. Te conmino al combate.

No se pronunció ni una palabra. Los dos hombres avanzaron hasta la luz del fuego que arrojaba su caprichoso resplandor entre las sombras.

—Si venzo, la Serpiente se enroscará de nuevo, el Gato Montes volverá a rugir y tú serás mi esclavo para siempre. Si vences, tuyas son mis artes, y te serviré.

El brujo y el jefe se enfrentaron. Las cárdenas llamaradas de la hoguera iluminaban sus rostros. Sus ojos se encontraron Y chocaron. Sí, el combare entre los ojos y las almas tras ellos sra tan claramente evidente como si hubieran estado luchando con espadas. Los ojos del brujo se agrandaron, los del jefe se entrecerraron. Fuerzas terroríficas semejaban emanar de cada "0; invisibles poderes en lucha torbellineaban a su alrededor. ° era vagamente consciente de que no se trataba sino de otra fase en una guerra que duraba eones. La batalla entre lo Viejo y lo Nuevo. Tras el brujo acechaban millares de años de oscuros secretos, misterios siniestros, temibles formas nebulosas monstruos semiocultos entre las nieblas de la antigüedad. Tras el jefe, la clara y fuerte lu2 del día que se aproximaba, la primera chispa de civilización, la limpia fortaleza de un hombre nuevo con una nueva y poderosa misión. El brujo tipificaba la Edad de Piedra; el jefe, la civilización que se acercaba. El destino de la raza picta, quizá, pendía de aquel conflicto.

Los dos hombres parecían realizar un terrorífico esfuerzo. Las venas sobresalían en la frente del jefe. Los ojos de ambos ardían y chispeaban. Entonces un jadeo surgió del brujo. Con un aullido se tapó los ojos y se derrumbó en el brezal como un saco vacío.

—¡Basta! —jadeó—. Has vencido, jefe.

Se *alzó*, tembloroso y sumiso.

Las filas tensas y agazapadas se relajaron y volvieron a sentarse en sus sitios, con los ojos clavados en el jefe. Mak Moro sacudió la cabeza como para despejarla.

Se dirigió al peñasco y tomó asiento en él, y la muchacha le arrojó los brazos al cuello, murmurándole en una voz suave y llena de alegría.

—Rápida es la Espada de los Picto —musitó el brujo—. Fuerte es el Brazo del Picto. ¡Hai! Dicen que alguien poderoso se ha levantado entre los Hombres de Occidente.

»¡Contempla el viejo Fuego de la **Raza** Perdida, Lobo del Brezal! ¡Hai, hai! Dicen que ha surgido un jefe para conducir hacia delante a la raza.

El brujo se inclinó sobre los rescoldos del fuego que se había apagado, murmurando en voz baja.

Removiendo los rescoldos, mascullando entre su blanca barba, habló monótonamente, medio cantando, entonando un cántico extraño, de escaso significado o rima, pero con una especie de ritmo salvaje, notablemente extraño y fantasmal.

Sobre lagos resplandecientes sueñan los viejos dioses;
espectros recorren la penumbrosa landa.

Los vientos nocturnos canturrean; la fantasmal luna
se desliza sobre el confín del océano.

De un picacho a otro gritan las brujas. El lobo gris busca las alturas.

Como una vaina de oro, lejos en el páramo destella la luz vagabunda.

El anciano removió los rescoldos, haciendo una pausa de vez en cuando para arrojar sobre ellos algún objeto misterioso, acompasando sus movimientos con su cántico.

Dioses del páramo, dioses del lago, bestiales demonios del pantano y el helécho;

Dios blanco cabalgando la luna, mandíbulas de chacal, con voz de orate;

Dios serpiente cuyos anillos escamosos aferran ahogando el Universo.

Ved, sentados están los Sabios Invisibles;

ved los fuegos del consejo encendidos,
ved cómo remuevo las ascuas resplandecientes,
cómo en ellas arrojó la crin de siete potros.

Siete potros de doradas herraduras, de las manadas del dios de Alba. Ahora, en número de uno y seis, dispongo y coloco los palos mágicos.

Madera aromática de lejos traída, de la tierra de la Estrella Matutina. Cortada de las ramas del sándalo, de lejos traída sobre los Mares del Este.

Ved cómo ahora arrojo colmillos de serpiente marina,
plumas del ala de una gaviota.

Ahora el polvo mágico lanzo,
sombras son los hombres, escoria la vida.

Ahora se arrastran las llamas, allí se avivan, ahora se alza la humareda confusa, barrida por el vendaval del océano lejano. Surge la historia del distante pasado.

Las llamitas rojas lamían los rescoldos, ora saltando hacia a^^^ba en rápidos chorros de chispas, ora desvaneciéndose, ora ^£^0 presa en los leños arrojados en el fuego, con un seco

chasquido que resonó en el silencio. Nubecillas de humo empezaron a enroscarse en una nube remolineante y confusa.

Tenue, tenue brilla la luz de las estrellas, sobre las colinas de los brezos, encima del valle. Dioses de la Vieja Tierra meditan en la noche lejana, criaturas de la Oscuridad cabalgan en el vendaval.

Ahora, mientras el fuego se apaga, mientras el humo lo envuelve, ahora surge aquí en mística y clara llama. Prestad una vez más oído (si los dioses oscuros no lo prohíben), escuchad la historia de la raza sin nombre.

El humo flotaba hacia arriba, girando en torno al brujo; sus feroces ojos amarillos miraban como a través de una densa niebla. Su voz llegó flotando como desde lejanos espacios, con una extraña impresión incorpórea. Con una entonación misteriosa, como si la voz fuera no la del anciano, sino la de algo separado, algo aparte; como si eras sin cuerpo, y no la mente del brujo, hablaran a través de él.

Rara vez he visto una escena más extraña. La oscuridad reinaba por doquier; apenas una estrella brillaba. Los tentáculos ondulantes de las Luces del Norte alzaban lívidos estandartes en el cielo sombrío. Negras laderas se alejaban hasta confundirse en la distancia, un penumbroso mar de brezales silenciosos y ondulantes. Y en aquella árida y solitaria colina, la horda semihumana se agazapaba como espectros sombríos de otro mundo; sus rostros bestiales se confundían con las sombras, teñidos de sangre a medida que la luz del fuego parpadeaba y oscilaba. Y delante de todos ellos, Bran Mak Morn se hallaba, sentado como una estatua de bronce, su rostro puesto crudamente de relieve por la luz de las llamas oscilantes. Al igual que el rostro misterioso del brujo, encuadrado por la luz fantasmal, con sus enormes y llameantes ojos amarillos, y su larga barba blanca como la nieve.

—Una raza poderosa, los hombres del Mediterráneo —dijo el brujo.

Los salvajes rostros iluminados se inclinaron hacia delante. Y me descubrí pensando que el brujo tenía razón. Ningún hombre podría civilizar a aquellos salvajes primigenios. Eran

indomables, inconquistables. El suyo era el espíritu de lo salvaje, de la Edad de Piedra.

—Más vieja que los picos coronados de nieve de Caledonia —prosiguió.

Los guerreros se inclinaron de nuevo hacia delante, evidenciando ansiedad y anticipación. Sentí que la historia seguía intrigándoles, aunque indudablemente la habían oído un centenar de veces de labios de un centenar de jefes y ancianos.

—Nórdico —dijo, rompiendo de pronto el hilo de su discurso—, ¿qué hay más allá del Canal Occidental?

—La isla de Hibernia.

—¿Y más allá?

—Las islas que los celtas llaman Aran.

—¿Y más allá?

—Pues, en verdad, no lo sé. El conocimiento humano se detiene allí. Ningún navio ha cruzado esos mares. Los hombres instruidos la llaman Thule. Lo desconocido, el reino de la ilusión, el borde del mundo.

—¡Hai, hai! Ese poderoso océano occidental baña las costas de continentes desconocidos, de islas que nadie imagina.

»Lejos, más allá de la gran vastedad de las olas agitadas del Atlántico, yacen dos grandes continentes, tan vastos que el más pequeño dejaría enana a toda Europa. Tierras gemelas de inmensa antigüedad. Tierras de civilización antigua y decadente. Tierras en las que vagaban tribus de hombres sabios en todas las artes, mientras esta tierra que llamamos Europa no era sino un vasto pantano dominado por los reptiles, un bosque húmedo conocido sólo por los monos.

»Tan enormes eran esos continentes que ceñían el mundo, de las nieves del norte a las nieves del sur. Y más allá de ellos hay un gran océano, el Mar de las Aguas Silenciosas [el Océano Pacífico]. Muchas islas hay en ese mar, y esas islas fueron una vez los picos de las montañas de una gran tierra..., la tierra perdida de Lemuria.

»Esos continentes son gemelos, unidos por un estrecho cuello de tierra. La costa occidental del continente del norte es áspera y quebrada. Enormes montañas se alzan hacia el cielo. Pero esos picos fueron islas en un tiempo, y a esas islas llegó la Tribu sin Nombre, errando desde el norte, hace tantos miles de años que un hombre se cansaría de

contarlos. Mil millas al norte y al oeste había nacido la tribu, allí donde las anchas y fértiles llanuras se cierran junto a los canales del norte, que separan el continente del norte del llamado Asia.

—¡Asia! —exclamé, asombrado.

El anciano alzó de golpe la cabeza, irritado, y me contempló con mirada salvaje. Después continuó.

—Allí, en la borrosa confusión del pasado sin nombre, se había alzado la tribu de la criatura marina que se arrastra al mono, y del mono al hombre-mono, y del hombre-mono al salvaje.

» Salvajes eran todavía cuando bajaron por la costa, feroces y belicosos.

»Eran hábiles en la caza, pues durante siglos sin cuenco habían vivido de ella. Eran hombres de fuerte constitución, ni altos ni macizos, sino esbeltos y musculosos como leopardos, veloces y potentes. Ninguna nación podía enfrentárseles. Y eran los Primeros Hombres.

«Seguían vistiéndose con pieles de animales, y sus instrumentos de piedra estaban trabajados toscamente. Establecieron su residencia en las islas occidentales, las islas que yacen sonrientes en un mar soleado. Y allí habitaron durante miles y miles de años. Durante siglos en las costas occidentales. Las islas del oeste eran maravillosas, acariciadas por mares soleados, ricas y fértiles. Allí la tribu dejó a un lado las armas de guerra y se instruyó en las artes de la paz. Allí aprendieron a pulir sus herramientas de piedra. Allí aprendieron a cosechar el grano y los frutos, a cultivar el suelo; y fueron felices, y los dioses de la cosecha rieron. Y aprendieron a hilar y a tejer y a construirse chozas. Y se hicieron hábiles en el trabajo de las pieles y en la alfarería.

»Lejos al oeste, más allá de las olas errantes, estaba la vasta e ignota tierra de Lemuria. Y de ella llegaron flotas de canoas trayendo extraños incursores, los semihumanos Hombres del Mar. Quizás habían surgido de algún extraño monstruo marino, pues tenían escamas como un tiburón, y podían nadar durante horas bajo el agua. Siempre la tribu les derrotaba, pero volvían a menudo, pues los renegados de la tribu huían a Lemuria. Al este y al sur se extendían hasta el horizonte grandes bosques, poblados por bestias feroces y hombres-mono.

»Así se deslizaron los siglos sobre las alas del Tiempo. Más y más fuerte se hizo la Tribu sin Nombre, más hábil en sus artes; menos hábil en la guerra y la caza. Y lentamente los de Lemuria empezaron su ascenso.

»Entonces, un día, un potente terremoto sacudió el mundo. El cielo se confundió con el mar y la tierra giró eno-e los dos. Con el trueno de los dioses en guerra, las islas del oeste saltaron hacia arriba y se alzaron del mar. Había montañas en la recién formada costa occidental del continente del norte, pero la tierra de Lemuria se hundió bajo las olas, dejando sólo una gran isla montañosa, rodeada por muchas islas, que habían sido sus picos más altos.

»Y sobre la costa occidental rugían y bramaban poderosos volcanes, y la llama que escupieron bajó por la costa y borró toda huella de civilización concebible. De un fértil viñedo la tierra se convirtió en un desierto.

»Hacia el este huyó la tribu, empujando ante ella a los hombres-mono, hasta que llegaron a ricas y amplias llanuras lejos al este. Allí moraron durante siglos. Entonces bajaron del Ártico los grandes campos de hielo, y la tribu huyó ante ellos. Siguieron entonces mil años de vagabundeo.

»Huyeron descendiendo por el continente del sur, empujando siempre a los hombres-bestia [Neanderthales] ante ellos. Y finalmente, en una gran guerra, les expulsaron por completo. Aquéllos huyeron muy lejos del sur y, mediante las islas pantanosas que

entonces se extendían por el mar, cruzaron hasta Africa, errando entonces hasta Europa, donde no había hombres salvo los hombres-mono.

«Entonces los lemuriros, la segunda raza, llegaron a la tierra del norte. Mucho habían ascendido por la escalera de la vida, y eran una raza fuerte y extraña; eran hombres fornidos y bajos, con ojos extraños como mares desconocidos. Poco sabían del cultivo o la artesanía, pero poseían extraños conocimientos de una curiosa arquitectura, y de la Tribu sin Nombre habían aprendido a fabricar herramientas de obsidiana pulida, jade y argilita.

»Y constantemente los grandes campos de hielo empujaban hacia el sur y constantemente la Tribu sin Nombre se movía ante ellos. El hielo no llegó al continente del sur, ni tan siquiera a sus cercanías, pero se trataba de una tierra húmeda y Pantanosa, infestada de serpientes. Así que hicieron barcas y navegaron hasta la tierra llamada Atlántida, ceñida por el mar. Los atlantes [Cro-Magnones] eran la Tercera Raza. Físicamente eran gigantes, hombres de constitución magnífica, que habitaban en cuevas y vivían de la caza. No eran hábiles en la artesanía, pero eran artistas. Cuando no estaban de caza o

combatiendo entre ellos, pasaban el tiempo pintando y trazando imágenes de hombres y animales sobre los muros de sus cavernas. Pero no podían equipararse en habilidad a la Tribu sin Nombre, y fueron expulsados. También ellos se abrieron camino hacia Europa, y allí libraron una guerra salvaje contra los hombres-bestia, que habían llegado antes que ellos.

»Entonces hubo guerra entre las tribus, y los vencedores expulsaron a los vencidos. Entre éstos había un brujo muy sabio y muy anciano, el cual puso una maldición sobre la Atlántida, asegurando que sería desconocida para las tribus de los hombres. Ninguna embarcación de la Atlántida llegaría jamás a otra cosca, ninguna vela extranjera divisaría jamás las amplias playas de la Atlántida. Rodeada de mares innavegados permanecería la tierra ignota hasta que naves con cabezas de serpientes bajaran de los mares del norte, y cuatro ejércitos librarían combate en la Isla de las Nieblas Marinas, y un gran jefe se alzaría entre la gente de la Tribu sin Nombre.

»Así que viajaron hasta África, remando de isla en isla, y ascendieron por la costa hasta llegar al Mar del Medio [Mediterráneo], que yacía como una joya entre costas soleadas.

»Allí moró la tribu durante siglos, y se hizo fuerte y poderosa, y desde allí se extendió por todo el mundo. Llegaron de los desiertos africanos a los bosques bálticos, desde el Nilo hasta los picos de Alba, cultivando su grano, apacentando su ganado, hilando sus ropas. Construyeron sus crannogs en los lagos de Alba; erigieron sus templos de piedra en las llanuras de Inglaterra. Empujaron ante ellos a los atlantes, y vencieron a los pelirrojos hombres de los renos.

«Entonces llegaron los celtas del none, llevando espada y lanzas de bronce. De las penumbrosas tierras de las Grandes Nieves llegaron, de las costas del lejano Mar del Norte. Y eran la Cuarta Raza. Los pictos huyeron ante ellos. Pues eran hombres potentes, altos y fuertes, esbeltos de constitución, y de ojos grises y cabellera leonada. En todo el mundo combatieron el celta y el picto, y siempre venció el celta. Pues en las largas eras de paz, las tribus habían olvidado las artes de la guerra-Tuvieron que huir a los lugares salvajes del mundo.

»Así huyeron los pictos de Alba; al oeste y al norte, y allí se mezclaron con los gigantes pelirrojos a los que habían arrojado de las llanuras en eras pasadas. No era ésa la costumbre del picto, pero ¿de qué le sirve la tradición a una nación que se encuentra entre la espada y la pared?

»A medida que pasaban las eras, la raza cambió. El pueblo esbelto y pequeño de negra cabellera, al mezclarse con los enormes salvajes de rasgos toscos y cabellera rojiza,

formó una raza extraña y distorsionada; retorcida en cuerpo y en alma. Y se volvieron feroces y astutos en el combate; pero olvidaron las viejas artes. Olvidados fueron el telar, el molino y el homo de cerámica. Sin embargo, la línea de los jefes permaneció inmaculada. Y tal eres tú, Bran Mak Morn, Lobo del Brezal.

Por un momento reinó el silencio; el círculo seguía escuchando como en sueños, como si pudiera oír el eco de la voz del brujo. El viento nocturno pasaba susurrando. El fuego prendió en un leño y estalló repentinamente en una vivida llamarada, alzando esbeltos brazos rojizos para agarrar las sombras.

La voz del brujo continuó su monótona cantinela.

—La gloria de la Tribu sin Nombre se ha desvanecido;

como la nieve que cae en el mar; como el humo que se alza en el aire. Mezclándose con las eternidades del pasado. Ha desaparecido la gloria de la Atlántida; se ha desvanecido el oscuro imperio de los lemurios. El pueblo de la Edad de Piedra se derrite como la escarcha bajo el sol. De la noche vinimos; a la noche nos dirigimos. Todo son sombras. Somos una raza de sombras. Nuestro día ha pasado. Los lobos vagan por los templos del Dios de la Luna. Serpientes acuáticas se enroscan entre nuestras ciudades sumergidas. El silencio pesa sobre Lemuria; una maldición yace sobre la Atlántida. Salvajes de piel rojiza recorren las tierras occidentales, vagando por el valle del Río Occidental, manchando las murallas y los templos que los hombres de Lemuria erigieron en adoración al Dios del Mar. Y al sur, el imperio de los toltecas de Lemuria se derrumba. Así pasan las Primeras Razas. Y los hombres del Nuevo Amanecer se hacen poderosos. El anciano tomó un palo ardiendo del fuego y, con un movimiento increíblemente rápido, trazó un círculo y un triángulo en el aire. Y extrañamente, el símbolo místico pareció "otrar" por un momento en el aire, un anillo de fuego.

—El círculo sin principio —entonó el brujo—. El círculo sin final. La serpiente con la cola en la boca, que abarca el universo. Y el Tres Místico. Inicio, pasividad, final. Creación, Preservación, destrucción. Destrucción, preservación, creación. La Rana, el Huevo y la Serpiente. La Serpiente, el Huevo y la Rana. Y los Elementos: Fuego, Aire y Agua. Y el símbolo Ialico. El Dios del Fuego ríe.

Era consciente 'de la profunda, casi feroz intensidad con que los pictos miraban el fuego. Las llamas saltaban y destellaban. El humo se desvanecía en el aire, y una extraña calina amarilla ocupó su lugar, algo que no era ni fuego, ni humo, ni neblina, y que con todo parecía una mezcla de los tres. El mundo y el cielo parecieron confundirse con las llamas. Dejé de ser un hombre para convertirme en dos Ojos incorpóreos.

Entonces, en algún lugar de la neblina amarilla, empezaron a surgir vagas imágenes, hilándose y desapareciendo. Sentí que el pasado transcurría como en un panorama borroso. Había un campo de batalla, y a un lado muchos hombres como Bran Mak Morn, pero disintos de él en que no parecían acostumbrados a la contienda. Al otro lado se hallaba una horda de hombres altos y flacos, armados con espada y lanzas de bronce. ¡Losgaélicos!

Después, en otro campo, se estaba desarrollando otra batalla, y sentí que centenares de años habían transcurrido. Una vez más los gaélicos cargaban en el combate con sus armas de bronce, pero esta vez eran ellos los que retrocedían, derrotados ante un ejército de enormes guerreros de cabellera amarilla, también armados de bronce. La batalla señalaba la llegada de los britanos, que dieron su nombre a la isla de Britania o Inglaterra.

Luego, una apretada hilera de escenas borrosas y huidizas, que pasaban con excesiva rapidez para que se las distinguiera. Daban la impresión de grandes hazañas, importantes acontecimientos, pero sólo aparecían tenues sombras. Por un instante surgió un rostro borroso. Un rostro fuerte, con ojos color gris acero y bigotes amarillos

cayendo sobre delgados labios. Sentí que se trataba de otro Bran, el celta Brennus, cuyas hordas galas habían saqueado Roma. Después, en su lugar se destacó otro rostro de sorprendente osadía. El rostro de un joven, altivo, arrogante, con una frente magnífica pero con líneas de crueldad sensual alrededor de la boca. El rostro, a la vez, de un semidiós y un degenerado.

¡César!

Una playa sombría. Un bosque penumbroso. El estruendo de la batalla. Las legiones derrotando a las hordas de Carac-tacus.

Luego, vagamente, a gran velocidad, pasaron las sombras de la gloria y la pompa de Roma. Allí estaban sus legiones regresando en triunfo, conduciendo ante ellas a centenares de

cautivos encadenados. Allí aparecían los corpulentos senadores y nobles en sus lujosos baños, sus banquetes y sus libertinajes. Allí se mostraban los afeminados y perezosos mercaderes y nobles recostados indolentes, saciados de lujo, en Ostia, en Massilia, en Aqua Sulae. Luego, en abrupto contraste, las hordas del mundo exterior que se acumulaban. Los nórdicos de fieros ojos y barbas amarillas; las tribus germánicas de enormes corpachones; los indómitos salvajes de cabellera llameante de Gales y Damnonia, y sus aliados, los pictos siluros. ¡El pasado se había desvanecido; presente y futuro ocupaban su lugar!

Después un confuso holocausto, en el que se conmovían las naciones y los ejércitos, y los hombres cambiaban y se desvanecían.

—¡Roma cae! —dijo de pronto la voz ferozmente exultante del brujo, rompiendo el silencio—. El pie del vándalo agujonea el Foro. Una horda salvaje desfila por la Vía Apia. Saqueadores de amarilla cabellera violan a las Vírgenes Vestales. ¡Y Roma cae!

Un feroz aullido de triunfo se alzó revoloteando en la noche.

—Veo a Inglaterra bajo el talón de los invasores nórdicos. Veo a los pictos bajando en tropel de las montañas. Hay rapiña, fuego y guerra.

En la niebla ígnea surgió el rostro de Bran Mak Morn.

—¡Saludad a quien nos levanta! ¡Veo a la nación picta ascendiendo hacia la nueva luz!

*Lobo en las alturas,
burlándose de la noche.
Lenta llega la luz
del nuevo amanecer de una nación.
Hordas sombrías se acumulan,
surgiendo del pasado.
Fama imperecedera
avanza paso a paso.
Sobre el valle
trueno el vendaval,
llevando la historia
de una nación que vuelve a levantarse.
¡Vuela, lobo y cometa!
Brillante será tu fama.*

Del este llegó tímidamente un tenue resplandor gris. Bajo la luz fantasmal el rostro de Bran Mak Morn parecía una vez más de bronce, inexpresivo, inmóvil; ojos oscuros que contemplaban sin pestañear el fuego, viendo allí sus poderosas ambiciones, sus sueños de imperio desvaneciéndose en el humo.

—Pues lo que no pudimos conservar por el combate, lo hemos mantenido gracias a la astucia durante años y siglos incontables. Pero las Nuevas Ra2as se alzan como la ola del maremoto, y las Viejas les dejan sitio. En la penumbrosa montaña de Galloway dará la nación su última y feroz batalla. Y cuando caiga Bran Mak Morn, así se desvanecerá el Fuego Perdido..., para siempre. Desde las centurias, desde los eones. Y mientras el brujo hablaba, el fuego se convirtió en una única gran llamarada que saltó muy arriba en el aire, y se desvaneció a media altura. Sobre las lejanas montañas del este flotaba la pálida aurora.